

la retirada del general. Atribuía á Boulanger el mérito de haber sido el único, después de Thiers y Gambetta, en seguir una «política nacional,» de haber devuelto al ejército la fe en su valor y de haber dado al país conciencia de su fuerza y de su derecho. El manifiesto terminaba diciendo que votar por el general no impedía de hecho ninguna otra candidatura. Efectivamente Boulanger era inelegible. Al día siguiente de la elección presidencial, escribió á Carnot felicitándole por su triunfo, después de lo cual se encerró aparentemente en sus funciones militares. En realidad buscó con paciencia y sordamente la revancha de su caída ministerial, y su estado de ánimo hacía de él una presa fácil para un hombre osado como Thiebaud y un instrumento manejable para manos tan hábiles como audaces.

El general se limitó á decir, en un telegrama anónimo, que «permanecía ajeno á todo lo que ocurría respecto á las elecciones legislativas del 26 de febrero,» y la maniobra de Thiebaud tuvo el éxito esperado por su autor. El general inelegible no fué elegido, pero su nombre reunió 55.000 votos.

El ministro de la Guerra mandó pedir al comandante del 13.º cuerpo de ejército que protestase contra el uso que se había hecho de su nombre. El general contestó el 3 de marzo con una carta en que no vibraba la indignación natural del hombre á quien se atribuye una conducta indigna. Boulanger prometía suplicar á sus amigos que no desviasen á su favor unos sufragios que no podía aceptar. Sus amigos eran los redactores del *Intransigente*, de *La linterna*, de *La Francia* y de *La Cocarde*, era Thiebaud, en busca de un robusto palo para armar de nuevo la escoba de 1851.

Desde el 3 hasta el 15 de marzo todos los hombres de talento, al observar lo que con mucha propiedad se llamó el estado de espíritu boulangierista, se preguntaron ansiosos si el país no se hallaba otra vez amenazado de cesarismo, si la masa inconsciente de los descontentos, de los ambiciosos y de los patriotas de parada no iban á entregar una vez más la patria á un hombre. Preguntábanse también si Francia tenía un gobierno que quisiese y supiese gobernar. La contestación apareció en el *Diario Oficial* del 16 de marzo. En un informe al presidente de la República, el general Logerot, ministro de la Guerra, recordaba todas las violaciones de la disciplina militar cometidas por el general Boulanger, sus tres viajes á París sin autorización, los dos últimos realizados bajo un disfraz, y proponía dejarlo de cuartel. La aprobación del presidente revistió el informe ministerial del nombre ilustre de uno de los fundadores del ejército francés.

Sin perder el tiempo en hacer entrega del mando á su sucesor, el general marcha á París y se avista con un Comité constituido en que figuran los Sres. Chevillon, Laur, Vergoin, Laisant, Borie, Michelin, Deroulede, Laguerre, Susini, Duguyot, Le Herissé, Rochefort, Mayer, Lalou y otros. Este comité patrocinará en las elecciones parciales la candidatura de Boulanger «no para hacerle entrar en la Cámara (era todavía inelegible), sino á título de protesta contra un gobierno que no se inspira en el sentimiento de la patria.» Al mismo tiempo los Sres. Laguerre, Laisant, Laur, Le Herissé y Rochefort invitan á los electores de Marsella, llamados á elegir un diputado el 25 de marzo, á que voten por el ge-

neral Boulanger á título de «protesta nacional.» ¡Cómo se abusa de los sagrados nombres de nación y de patria para toda clase de causas!

El Comité primitivo se transforma en *Comité republicano de protesta nacional* y excita á los electores del Aisne, como á los de Marsella, á que voten por Boulanger. Doce diputados, tres periodistas y Deroulede declaran á Francia que el nombre del general Boulanger significa: «Libertades públicas, reformas democráticas en el interior y dignidad en el exterior,» y trata gravemente al general de «soldado republicano y patriota,» provocando por medio de su nombre una manifestación plebiscitaria.

En presencia de las debilidades de algunos de sus miembros, auxiliares conscientes ó inconscientes de la dictadura, la extrema izquierda reaccionó declarando terminantemente que, á ejemplo de los republicanos de todas épocas, detestaba el plebiscito, abdicación de un pueblo libre; recordó que la Revolución había obligado á los generales más gloriosos á inclinarse ante las leyes y que la intrusión de los jefes militares en la política no sólo es una amenaza para un país libre, sino que desarma, dividiéndolas, las fuerzas nacionales ante el extranjero. El grupo socialista hizo declaraciones análogas á las de la extrema izquierda. La izquierda radical no se pronunció hasta que Cassagnac hubo interpelado al gobierno sobre el decreto del 14 de marzo. Tirard anunció que el gobierno había resuelto citar al general Boulanger ante un Consejo de información, para responder de las nuevas faltas de disciplina que había cometido desde que se hallaba en situación de cuartel. A fin de no influir en el Consejo de información con un voto de censura, el gobierno declaró que se contentaría, como conclusión de la interpelación, con la orden del día pura y simple, que fué votada en efecto.

El anuncio de la comparación del general Boulanger ante un Consejo de información asustó al *Comité de protesta nacional* que, llenando de injurias á Tirard y á «los ministros indignos que habían merecido los elogios de Prusia,» retiró la candidatura del general para las dos elecciones parciales del 25 de marzo. En Marsella, donde el partido obrero socialista revolucionario se había pronunciado enérgicamente contra Boulanger, éste no tuvo 1.000 votos sobre 80.000 sufragios emitidos; en Mezieres tuvo 45.000 contra 52.000 dados al candidato republicano y al candidato reaccionario. El cesarismo triunfó, pues, en el Norte en la persona de Boulanger, y el anarquismo en el Sur de Francia en la persona de Félix Pyat. Al día siguiente de esta triste jornada, el Consejo de información, reunido bajo la presidencia del general Fevrier, acordó por unanimidad que el general Boulanger se encontraba en el caso de ser licenciado, por faltas graves contra la disciplina. El 27 de marzo se le dió, no la licencia, porque contaba más de treinta años de servicios, sino el retiro forzoso.

Al día siguiente, el general retiró su candidatura en el Aisne, porque, según él decía, no era elegible cuando obtuvo 45.000 sufragios. ¿Se había convertido, por ventura, en escrupuloso observante de la disciplina, desde el momento que ésta no se aplicaba á él? No, es que se reservaba para una elección de más efecto, la del Norte, señalada para el 16 de abril. A partir del 30 de marzo, todo el programa que le habían dictado los que le hacían obrar y que había de servirle durante toda

II

su ruidosa y efímera carrera política, se reducía á estas dos palabras: «Disolución y revisión.»

La segunda mitad de este programa fué adoptado por la mayoría de la Cámara el 31 de marzo, y Floquet, á quien había ayudado Clemenceau, tuvo encargo de aplicarla al frente de un nuevo ministerio. Al principio de la legislatura ordinaria, Floquet había aconsejado á sus colegas que no buscasen la solución de los problemas de procedimiento político, pero se había guardado bien de seguir este buen consejo. Durante las doce ó trece semanas que duró la discusión de los presupuestos, siguió presidiendo la Cámara con talento, y pareció ajeno á las intrigas que se urdían en torno de las carteras ministeriales. Sin embargo, obraba y hacía obrar. Fué indudablemente con su asentimiento que Flourens sondeó el ánimo del Sr. de Mohrenheim acerca de una conciliación entre el presidente de la Cámara francesa y el hijo del zar, á oídos del cual había sonado el histórico grito de «¡Viva Polonia!» Esta conciliación se había operado y de ella se había deducido que Alejandro III vería sin desagrado la elevación del abogado de 1867 á la presidencia del Consejo.

Necesitábase un pretexto para derribar al gabinete del 12 de diciembre, precisamente cuando acababa de prestar á la República y á las instituciones libres un brillante servicio, cuando había hecho olvidar sus timideces pasadas con el rudo golpe dado al aspirante á dictador. El pretexto lo proporcionó el diputado boulangierista Sr. Laguerre, quien pidió de pronto la discusión de una proposición de revisión constitucional, presentada por otro boulangierista, el Sr. Michelin, é inscrita en la orden del día de la Cámara. La derecha, comprendiendo el partido que se puede sacar de esta cuestión contra la República, apoya al orador. La izquierda radical hace causa común con la derecha. Los jefes del partido republicano, sus principales oradores, Brisson, Rouvier, Goblet, procuran en vano abrir los ojos á la mayoría. Tirard combate á su vez la urgencia en breves palabras muy dignas; urgencia que apoyan Andrieux y Clemenceau, y la Cámara, tres años después de su voto nefasto del 30 de marzo de 1885, comete una falta casi tan grave, derribando al ministerio Tirard por 34 votos de mayoría.

Grande es la responsabilidad de Clemenceau en la crisis abierta el 31 de marzo. Contribuyendo á derrocar del poder al ministro que acababa de excluir del ejército á un general faccioso, daba á todos los republicanos el derecho de evocar su pasado y de recordar que, con su gran talento oratorio y todos los recursos de su ingenio, había asestado rudísimos golpes á la República, no dejando vivir á los ministerios, destruyendo la confianza de la democracia en hombres como Gambetta y Julio Ferry. Más tarde impuso á Freycinet el nombramiento de Boulanger como ministro de la Guerra, respondiendo de su pureza republicana. Ciertamente es que fué uno de los primeros que penetraron las veleidades dictatoriales del general y comprendieron el peligro que corrían las instituciones libres; pero eran muchos los que seguían teniéndole por ídolo y Clemenceau era responsable del renacimiento de aquel espíritu cesariano, denunciado por Rouvier, combatido por Tirard y por todos los moderados á quienes no ha cesado de hacer una guerra despiadada.

Formado un día después de la decisión que hizo elegible al general Boulanger y derribado un día después de la triunfante elección de éste en París, el ministerio Floquet vió la prodigiosa fortuna del aspirante á dictador, no hizo nada para detener sus progresos y dejó á todos la convicción de que la República necesitaba, para asegurar su existencia, una administración más previsora y más firme. En la memoria de todos está aún el recuerdo de aquellos once meses, en que cada día llegaba la noticia de una victoria de la facción, en que todos los enemigos de la República se exaltaban á la esperanza del próximo triunfo, en que todos sus amigos esperaban, con una indignación pasiva, la confiscación de todas las libertades por un soldado rebelde, la ruina de la patria en el interior y su decadencia en el exterior por el esfuerzo combinado de los monárquicos, de los blanquistas, de los descontentos y de los patriotas de relumbrón.

El gabinete del 3 de abril se constituyó con tal rapidez que pareció formado de antemano. Por pura fórmula se ofrecieron carteras á los diputados no radicales Sres. Rouvier, Ricard y Loubet, que las rechazaron. Rouvier veía con inquietud á Goblet en el ministerio de Negocios extranjeros, y Ricard y Loubet hubieran querido que la revisión no figurase en el programa ministerial. A falta de hombres notables de la izquierda republicana, echóse mano de otros menos conocidos, ó que militaban en los confines de la izquierda radical. Floquet tuvo con la presidencia del consejo el ministerio del Interior; el Sr. Ferroillat el de Gracia y Justicia; Goblet el de Negocios extranjeros; Peytral el de Hacienda; Freycinet el de Guerra; el vicealmirante Krantz el de Marina y Colonias; Lockroy el de Instrucción pública y Bellas Artes; Deluns-Montaud el de Obras públicas; Pedro Legrand el de Comercio é Industria, y Viette el de Agricultura.

El gabinete contenía republicanos sinceros y hombres de incontestable talento, pero resultaba débil á causa del carácter de su jefe, del programa adoptado, de la presencia de Freycinet en el departamento de la Guerra, de la de Goblet y Lockroy en un gobierno que había de luchar contra los fautores de la dictadura y sobre todo de las circunstancias en que este gobierno se había formado.

Excelente en la presidencia de la Cámara en que se había mostrado firme, imparcial, ocurrente y digno, Floquet había de mostrarse, como presidente del Consejo, testarudo, parcial en favor de los radicales, inoportuno y más bien fastuoso que digno. La inscripción en su programa de gobierno de uno de los artículos inscritos en los programas boulangierista, revolucionario y monárquico fué un error inicial que había de expiar caramente y que Francia estuvo á punto de expiar con él. El ensayo de un ministro civil en el departamento de la Guerra era quizá inoportuno, cuando el general Logerot, antecesor de Freycinet, acababa de llamar tan enérgicamente al comandante del 13.º cuerpo de ejército al respeto de la disciplina. Y aun sorprendió más al ver en el gabinete á Goblet, el ex presidente del Consejo que había mantenido á Boulanger en el ministerio de la Guerra, al subir al poder en di-

ciembre de 1886, y á Lockroy, que había simpatizado con los partidarios del general Boulanger.

La declaración ministerial leída el 3 de abril revelaba las ilusiones de Floquet al calificar el boulangierismo de «agitación pasajera y superficial.» Los observadores perspicaces no necesitaban la primera elección boulangierista, para reconocer que la agitación era profunda y que duraría al menos hasta las elecciones generales de 1889. Aparte de aquella afirmación temeraria, la declaración hacía un llamamiento á todas las fracciones republicanas, anunciaba que los actos del gobierno se inspirarían siempre en la imparcialidad y reivindicaba para dicho gobierno el derecho y el honor de ir adelante. Floquet llamaba la atención de las Cámaras sobre algunas medidas urgentes, tales como una ley de asociaciones, la reforma del régimen de las bebidas alcohólicas y de las leyes de sucesión, y la votación de las leyes militares que entonces se discutían en el Senado. Respecto al exterior, el gobierno se limitaba á una vaga declaración de sincero apego á la paz. La declaración no se distinguía, pues, de los demás documentos de esta especie sino por una imprudente promesa de revisión. Acogida en el Senado con una frialdad glacial, no provocó entusiasmo ni indignación en la Cámara.

Floquet dejó vacante la presidencia de la Cámara y fueron necesarios tres escrutinios para proveerla. Al tercero, el Sr. Meline; que había obtenido igual número de sufragios que Clemenceau, fué elegido merced al beneficio de la edad.

La situación inquietaba á los buenos ciudadanos: el 8 de abril tuvo efecto la primera elección del general Boulanger, en la Dordoña, departamento en que los monárquicos habían tenido mayoría en 1885, y se vió apoyado por los bonapartistas que constituían las tres cuartas partes del partido monárquico. Elegido por 59.500 votos contra 36.000 dados al candidato republicano, reunió el mismo día 111.600 votos en el Aisne y 8.500 en el Aude.

Elegido por bonapartistas y realistas y por republicanos extraviados, el general Boulanger dirigió á los electores de la Dordoña una proclama declarando que la esterilidad y la impotencia del Parlamento acabaría por entregar la República francesa á la bafa de Europa y proclamando la necesidad de la disolución y de la revisión; pero terminaba manifestando que no podía aceptar el mandato que le habían confiado los habitantes de la Dordoña, porque había dado su palabra á los electores del Norte.

Ante éstos se presentó el general sin profesión de fe. Toda la derecha, numerosa é influyente en el departamento, acogió su candidatura á ciegas en odio á la República, y Boulanger fué elegido el 15 de abril por 172.500 votos.

Esta elección produjo una inmensa impresión en el país. Julio Ferry dió un grito de alarma, indicando la única política que convenía seguir con el «Saint-Arnaud de café cantante» y desenmascarando audazmente á la facción que trabajaba para derribar á la República. Aconsejó al gabinete que adoptase en presencia de aquella facción una actitud militante y activa, deplorando solamente que el ministerio hubiese adoptado la consigna de Boulanger: la revisión. En su voto de

gracias á los electores del Norte el vencedor del 15 de abril repetía, en efecto, que se había afirmado con su elección la necesidad de una Asamblea constituyente, única capaz de dar al pueblo «el puesto que debe ocupar.» Todas aquellas proclamas, todos aquellos votos de gracias contenían las mismas injurias á los poderes públicos, las mismas lisonjas al pueblo y se mantenían en la misma vaguedad acerca de los proyectos del dictador. Atribuíasele un proyecto de Constitución que hubiera convertido á Francia en el país menos libre de Europa.

Cuando las Cámaras reanudaron sus sesiones, el presidente del Consejo pareció preocupado sobre todo por la idea de negar toda alianza con los moderados. Julio Ferry, en su discurso á los electores senatoriales de los Vosgos, le había ofrecido su concurso sin reserva alguna. Floquet contestó afirmando, en contra de la célebre frase de Ferry, que «el peligro no estaba en la izquierda.» Ferry había declarado que la revisión era inoportuna y peligrosa; Floquet consintió en esperar, para proponerla, que hubiese dejado de ser «el lazo tendido por los monárquicos ó la capa rota de la dictadura.» A falta de un interpelante complaciente, el presidente del Consejo se había interpelado á sí mismo, y la Cámara, que no le tenía mala voluntad, le dió un voto de confianza, ordenando la fijación de su discurso. Al nombrarse la comisión de revisión, contó cuatro miembros hostiles, dos favorables y cinco dispuestos á aplazarla todo el tiempo que quisiese el gobierno.

El 28 de abril, las dos Cámaras suspendieron sus sesiones, á fin de que sus miembros pudiesen tomar parte en las elecciones municipales. Estas se efectuaron el 6 de mayo, sin modificar sensiblemente la situación respectiva de los partidos.

Después de la primera elección del Norte, los partidarios del general Boulanger habían formado un *Comité permanente* que tenía su domicilio en la calle de Seze, en París, que había adoptado el clavel como emblema y que había resuelto presentar la candidatura del general doquiera tuviese que elegirse un diputado: así fué que en el Iser el aspirante á dictador obtuvo 14.000 votos. Tan pronto como eran convocados los comicios en un departamento, el *Comité* mandaba allí fotografías, carteles, periódicos y proclamas en número infinito y agentes que, desde la capital de la provincia, se entendían con los agentes locales de cada cantón y hasta de cada pueblo.

Esta propaganda endiablada ocasionaba gastos: solamente la elección del Norte había costado 200.000 francos. En aquella época proporcionaban los fondos el conde Dillon, el hombre de los monárquicos, y donativos voluntarios, con frecuencia anónimos, que el general recibía por el correo y de los cuales sólo una pequeña parte iba á parar al *Comité* de la calle de Seze. Los gastos personales del general, amante del lujo, absorbían una notable porción. Hubo editores á quienes se les ocurrió la idea de explotar la popularidad de Boulanger; Rouff le entregó 100.000 francos en sus habitaciones del hotel del Louvre, en pago de su colaboración á una obra sobre *La invasión alemana* que debía publicarse por entregas. El general no escribió más que el prefacio, si es que lo escribió, pues no se espontaneaba fácilmente y era enigmático en aquellos

primeros tiempos de su prodigiosa fortuna, como Luis Napoleón en 1848.

En su conducta, en sus actos, en sus palabras, todo era contradicción y mentira. Subvencionado por la caja monárquica, parecía el instrumento dócil del radicalismo revolucionario y de los blanquistas. Era el hombre de los Naquet, de los Mayer y de los Meyer, judíos judaizantes, y decía á Avronsart: «Ante todo hay que desembarazarse de la judería.» Aspirante á una magistratura civil, reivindicaba para el ejército un papel político activo.

Las mismas contradicciones se hallan en todas las manifestaciones de sus partidarios, declarados ó secretos. El conde de París, en una nota del 24 de abril, destinada á sus fieles, se había pronunciado por la disolución y por la revisión, y la derecha de la Cámara, incluso los diputados monárquicos, constituyó un *Comité de consulta nacional*, adoptando el programa de los bonapartistas. En cambio la derecha senatorial no quiso abjurar todos sus principios, ni lanzarse á aquella política temeraria.

Pero el error más craso era el de los radicales y del gobierno, convencidos de que no se triunfaría de Boulanger sino adoptando el principal artículo de su programa, el relativo á la revisión.

Los republicanos moderados eran los únicos que habían comprendido que para lavar el Parlamento de los ataques contra él dirigidos, había que defender enérgicamente la Constitución de 1875, y que para combatir con eficacia al dictador, tenían que rodear á Carnot estrechamente unidos. El presidente de la República, con su corrección intachable, con la alta dignidad de su actitud, con su política de ancha base, facilitaba la obra de los republicanos moderados. Durante un largo viaje que hizo entonces por el Sudoeste, Carnot recibió homenajes que se rendían tanto á su persona como á su cargo y manifestaciones de simpatía que robustecieron la institución presidencial en la opinión de las masas. Aquel jefe de Estado afable, que iba al encuentro de las miserias para aliviarlas, sin fausto, sin orgullo, sin exagerada preocupación de la etiqueta, era el magistrado que convenía á la democracia francesa, y quizá el único médico capaz de calmar el acceso de fiebre que se había apoderado de Francia.

Como el general Boulanger esperó más de seis semanas, antes de cumplir lo prometido á sus electores, antes de introducir el desorden en el Parlamento que él tachara de estéril é impotente, las dos Cámaras tuvieron tiempo de discutir, aunque no de votar definitivamente algunas leyes económicas, desde el 15 de mayo hasta el 4 de junio. La Cámara de diputados desechó la tarifa arancelaria sobre el maíz que la Comisión y su ponente, Sr. Meline, le proponían; adoptó el proyecto que hacía empezar el año económico en 1.º de julio; discutió la ley sobre los accidentes del trabajo y sobre el seguro contra estos accidentes, en beneficio de obreros y patronos; empezó á discutir otra ley social, que no había de votarse hasta fines de 1892, la ley sobre el trabajo de las mujeres y de los niños en las manufacturas, y autorizó á la Compañía del Canal de Panamá para emitir valores sorteados, importante cuestión que pasó entonces casi inadvertida. Una de las sesiones más importantes de la Cámara en la legislatura que nos ocupa,

fué la del 31 de mayo, consagrada al incidente Tisza. El Sr. Tisza se había negado, en nombre de Hungría, á toda participación oficial en la Exposición Universal de 1889; pero se habían formado grupos, á iniciativa de la Cámara de Comercio, para asegurar á los productos húngaros una participación al menos oficiosa en aquella gran fiesta de la industria. Llamado á emitir su parecer sobre la Exposición del Centenario, el Sr. Tisza lo hizo con insigne torpeza, emitiendo, sobre la situación interior de Francia, conceptos casi injuriosos. Las explicaciones dadas por Goblet á la Cámara son un modelo de tacto y de dignidad patriótica. El incidente no tuvo consecuencias. Pero Goblet no estuvo siempre tan bien inspirado como el día 31 de mayo; el diplomático no igualó siempre al orador. Sin hablar del abandono de las Nuevas Hébridas á Inglaterra, consentido un poco á la ligera, los hombres políticos franceses deploraron en general la conversación que tuvo Goblet con Crispi acerca de Massauah. El ministro italiano pretendía que, por el mero hecho del establecimiento de una nación cristiana en país musulmán, las capitulaciones se convertían en letra muerta. Goblet contestó el principio sentado por Crispi; pero la mayoría de los políticos franceses opinó que, puesto que Francia no tenía pretensión alguna sobre Massauah, más valía tomar nota de aquel principio y obrar en Túnez como Italia obraba en Massauah. La inoportuna intervención del gobierno francés autorizó al embajador de Italia en Constantinopla á influir sobre el sultán, para hacerle afirmar la soberanía de la Puerta sobre Túnez y hasta sobre Argel, retrasándose el arreglo de las capitulaciones en Túnez.

El 2 de junio, Floquet, llamado ante la comisión de revisión constitucional, declaró que la hora de la revisión no había llegado todavía y la comisión suspendió dócilmente sus sesiones hasta el 26 de octubre. El día 4 de junio, el general Boulanger subió á la tribuna y, con el pretexto de reclamar la urgencia de la revisión, leyó un largo manifiesto, redactado en parte por Naquet, vicepresidente de su comité, y en parte por él mismo. Era la apología de la dictadura y del poder personal, seguida de un ataque frío, premeditado y ultrajante contra el presidente de la República y contra todo el partido republicano. La urgencia fué apoyada, en nombre de los legitimistas por el duque de la Rochefoucauld, en nombre de los bonapartistas por el Sr. Jolibois y en nombre de los comunistas por Félix Pyat. El presidente del Consejo, el Sr. Clemenceau y el Sr. Basly contestaron á los partidarios de la urgencia con bellas y vigorosas palabras que la mayoría, unida esta vez, acogió con redobladas aclamaciones. La urgencia fué desechada por 359 votos contra 181. Después de esta derrota parlamentaria, Boulanger sufrió una derrota electoral. «Votar por el Sr. Deroulede es votar por mí,» había mandado decir á los electores del Charente, y Deroulede no obtuvo á la postre más que 11.500 votos contra 37.500 con que triunfó su contrincante el bonapartista Sr. Gallibert des Seguins.

Del 4 al 12 de julio el trabajo legislativo reanudóse en ambas Cámaras. La ley sobre los azúcares disminuyó en 10 francos la prima asegurada á los bonos de fabricación, y fué votada la ley sobre los accidentes del trabajo. El 3 de julio, la Cámara de los diputados otorgó